

CEM 90-32
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA MUJER
FACULTAD DE SOCIOLOGIA
UNAM.

16.01
1/29/77
1168

FEMINISMO: EL PODER COMO ACCION TRANSFORMADORA

Virginia Vargas

Lima, Perú : [reencuentro]

Las feministas no sólo luchamos por la democracia en el país sino también en la casa. Tratamos de avanzar hacia un mundo donde se consideren perspectivas y propuestas integrales de vivir; donde no sólo no exista supremacía de ningún grupo social sobre otro, por razón de sexo, clase, raza, sino donde la sociedad no esté escindida en espacios masculinos y femeninos, y donde los afectos, las emociones o la racionalidad no necesariamente estén adscritos a determinado sexo en razón de su ubicación en estos espacios.

Esta revolucionaria utopía significa acabar con la división sexual del trabajo, finalizar con los espacios sexuados, terminar con la idea de que la mujer es sólo apoyo y no protagonista de los procesos de cambio social.

Lo que nos permite pensar además que esta utopía es algo que podemos comenzar a desarrollar desde ahora, es que se basa en una nueva concepción de lo que es el poder y por lo tanto una forma diferente de hacer política. Por un lado, el hecho de reconocer que el poder no es sólo aquel ejercido por grupos e instituciones y cuyo objetivo fundamental y concreción es el poder del Estado, sino, como dice Foucault, reconocer el poder actuando como hilos invisibles que atraviesan el conjunto de la sociedad y de las relaciones entre los seres humanos. Significa considerar que éstas son también relaciones de poder contra las que tenemos que luchar.

Y si el poder está presente en todos los espacios de nuestra vida, no sería ya un solo sujeto político el llamado a resistirlo, sino una multiplicidad de sujetos los llamados a ello, en el terreno específico donde lo perciban y lo sufran.

Este artículo ha sido elaborado en base a una conversación grabada. Se ha tratado de mantener la secuencia de la conversación y el lenguaje coloquial.

Por otro lado, consideramos, nuevamente con Foucault, que el poder no "es" sino en la medida en que se actúa y ejecuta para mantener o transformar una situación. Es en este sentido de "poder hacer" que las feministas reclamamos poder para las mujeres. No poder como sinónimo de dominio sino poder como sinónimo de acción transformadora.

Estamos por un poder que nos permita construir las bases para nuestra utopía desde ahora, que nos permita avanzar en una propuesta consensual para el conjunto de la sociedad. Para esto necesitamos poder no solamente desde el movimiento feminista sino también desde los centros de poder masculinos para transformar la sociedad.

Se trata de que las mujeres adquiramos poder en nuestras organizaciones y de que también seamos capaces de confrontarlo allí donde se encuentre: en los sindicatos, en las juntas vecinales, en las municipalidades, para lograr que nuestras luchas no sean consideradas solamente asuntos de mujeres sino que sean asumidas por toda la sociedad.

Y es que el feminismo enriquece la dinámica social. En primer lugar, por una razón muy simple y de sentido común: porque es una lucha democrática. Se sabe que es imposible hablar de una propuesta de transformación de la sociedad si no se consideran los aspectos democráticos más allá de lo que se entiende como política estatal, si no se incorpora la democracia a nivel de las relaciones personales.

El feminismo, además, permite que las propuestas políticas se enriquezcan con la incorporación de aquellas expresiones, demandas y aportes del 50% de la humanidad que antes había estado permanentemente ausente de dichas propuestas.

Las mujeres así pueden no sólo identificarse con las propuestas políticas de transformación que incorporen sus demandas sino también orientar y dar dirección a estas propuestas.

Pero al mismo tiempo, el hecho de que las feministas le-

vantemos determinados temas y digamos que esos temas son tan políticos como los considerados grandes temas políticos, significa darle un contenido diferente a la política. Ya no es solamente la entrada de nuevos sujetos sociales (la mitad de la humanidad, que no es poca cosa), sino también complejizar la perspectiva política. Es sacar a la política de lo que es el ámbito de lucha por el poder en el Estado, por un lado, y es también romper con la idea de que la política es una práctica especializada que corresponde a determinados y lúcidos personajes o partidos políticos.

La política, entonces, es considerada como todo acto de transformación de las relaciones de poder allí donde éstas pueden. Cuando esta perspectiva sea asumida en toda su dimensión, los temas de sexualidad, de violencia contra las mujeres, de relaciones con los hijos, en general, de organización de vida cotidiana, pasarán a tener una importancia fundamental. No se podrá denunciar ya, por ejemplo, la violencia que pasa en Ayacucho, sin considerar su relación casi visceral con la violencia cotidiana dentro de las familias.

La democracia adquiere así un sentido básico de derecho a la vida, a una vida diferente, a una vida donde no solamente haya bienestar, sino donde haya posibilidades de desarrollar la igualdad de los seres humanos, respetando la posibilidad de ser diferentes. Los hombres y las mujeres somos diferentes y necesitamos desarrollar esos elementos diferentes para poder humanizar esa perspectiva política y social.

La subversión fundamental

Si nosotras insistimos en la opresión de un sexo sobre el otro no es porque consideremos que es la única que existe; la contradicción de clase es tan terrible como nuestra opresión. El problema no es decir que una forma de opresión tiene mayor validez que la otra a nivel de desgracia opresiva, sino evidenciar un hecho incuestionable: que la opresión del sexo femenino es la primera y más generalizada relación de poder que

viven las personas en todas las sociedades. No hay sociedad en que las personas no sufran opresión o mantengan privilegios en razón de su sexo. Esto aún antes de darse cuenta de que existe opresión o explotación en la sociedad. Eso estructura una forma de comportamiento y una percepción de la sociedad que es sumamente deformante. Se establece una suerte de relaciones perversas que se van construyendo desde la base y que influyen terriblemente en lo que es la concepción a nivel de sociedad. Allí estriba lo subversivo del movimiento feminista: ataca esa opresión incuestionada y evidencia su interna relación con otras formas de dominio.

Si bien la opresión de clase, de raza, de edad, no origina ni explica cabalmente lo que es la opresión sexual, cada una de ellas la condiciona al articular formas de poder específicas que agudizan, en cada situación concreta, la opresión de la mujer. Pero también la opresión sexual condiciona, refuerza y legitima todas estas otras opresiones. Basta analizar la importancia del trabajo doméstico femenino para el funcionamiento del sistema, o las ventajas que obtiene el capital de la ubicación de la mujer mano de obra barata y de reserva en el mercado laboral.

Al analizar de esta forma la opresión de la mujer, lo que había sido mantenido como privado se hace político, y al hacerlo impacta a la sociedad a dos niveles: por un lado porque pone nuevos temas en el debate y evidencia su contenido político, y por otro, porque politiza lo privado y devela que dentro de las relaciones personales encubiertas y justificadas - por amor, afecto y entrega hay relaciones terribles de poder entre los sexos.

En todo este proceso hay una humanización de lo público porque le conferimos esa perspectiva que siempre ha estado ausente y es del interés fundamental de casi todas las personas.

Los cambios políticos no pueden ser cambios profundos y duraderos si no parten primero de una transformación personal.

que es en buena cuenta, una transformación de la vida cotidiana. Es un proceso difícil, justamente porque son actos que hacemos con absoluta naturalidad, como parte de nuestro bagaje con lo cotidiano, de nuestra conducta aprendida y sin cuestionamiento.

Es difícil, pero en el momento en que comenzamos a transformar los actos de la vida cotidiana tenemos la posibilidad de que estas rupturas nos permitan la irreversibilidad.

Más que decir que lo privado es político, lo que queremos decir es que lo privado es susceptible de convertirse en político.

No basta que una persona tenga conciencia de su opresión para que automáticamente esto sea una propuesta política. De lo que se trata es que la conciencia de opresión no solamente se socialice, sino que se transforme en acción para lograr el cambio. Allí es donde deviene político.

Momentos y estrategias

Somos aún un movimiento en gestación. Estamos en un proceso de permanente cuestionamiento, de buscar cómo ir concretando desde ahora en nuestras vidas lo que proponemos para la sociedad. Es un proceso largo y complejo, con momentos de expansión relativa y con momentos de aparente estancamiento, donde se condensan las contradicciones entre los tiempos personales de las mujeres y el tiempo social, más rápido y exigente.

Si tenemos que considerar las diferentes etapas del movimiento feminista desde que surgió esta nueva oleada en los años 70, veríamos un primer momento que yo llamo de conciencia culposa frente a nuestra aún balbuceante conciencia feminista. En ese período inicial estábamos aún sometidas a la lógica de los partidos políticos, desarrollando una lucha casi indiferenciada, sin reivindicaciones propias al margen de lo que eran las reivindicaciones generales. No nos atravesamos a

arriesgar la aprobación del mundo masculino. Luego de atravesar dolorosas experiencias, al ver cómo nuestros esfuerzos no nos hacían avanzar ni ganar legitimidad, caímos en la cuenta que si no levantábamos nuestras reivindicaciones, nadie lo iba a hacer por nosotras.

Un segundo momento estuvo marcado por la necesidad de autoafirmación personal y consolidación de nuestro espacio. Eramos conscientes de que habíamos estado reeditando viejos esquemas y viejas prácticas, pero no sabíamos aún cómo reemplazarlas. Fue el inicio de un proceso colectivo dentro del cual crecimos a nivel personal, vencimos inseguridades milenarias, comenzamos a perfilar nuestra propuesta política y construir nuestra utopía. Sin embargo, y como parte necesaria del proceso de mirarnos a nosotras mismas para sacar fuerzas y enfrentarnos a la sociedad con una nueva identidad, también se produjo un encapsulamiento, un temor a arriesgar lo que ya habíamos consolidado, y una tendencia casi involuntaria a la marginalidad.

Un momento donde claramente culmina esta etapa es en el II Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en julio de 1983. Descubrimos la necesidad de ver el patriarcado allí donde se presentara. Los diferentes talleres que se dieron confrontando el patriarcado en las distintas instituciones, fue un intento de salir a analizar más allá de nosotras, lo que estaba pasando.

A partir de ese período podemos caracterizar el momento por el que está pasando el movimiento feminista actual como de viraje desde una voluntad de marginalidad a una voluntad de generar consenso, en el sentido más gramsciano, en relación a la propuesta para el conjunto de la sociedad.

Para ello nos debemos mover a diferentes niveles: un principio estratégico básico es estar donde están las mujeres, recogiendo sus demandas y propuestas para articularlas desde la perspectiva de género, incidiendo en las transformaciones de -

las relaciones personales entre los sexos, evitando el aislamiento de nuestra lucha, construyendo nuestra unidad como mujeres. Pero también y con igual fuerza se trata de rasgar - las estructuras de poder patriarcal allí donde se desarrollen las decisiones políticas, grandes o pequeñas, que afectan la vida de las mujeres, estando presentes, presionando, dando una lucha permanente, pero también comprometiendo el apoyo de mujeres y hombres con vocación democrática que amplíen el espacio de nuestra lucha.

Eso no significa modificar nuestra visión política, sino pensar más estratégicamente qué es lo que podemos pelear ahora. Identificar cuáles son los elementos fundamentales de presión en los cuales no podemos ceder y cuáles son los elementos para los que tenemos que abrir el camino a fin de que sean aceptados más concensualmente por la sociedad.

La autonomía

Para nosotras, autonomía significa garantizar un espacio que profile nuestra propuesta como prioritaria y actual y no subordinada y postergable. Es decir, evitar que nuestras demandas se diluyan en las múltiples contradicciones sociales a asegurando al mismo tiempo, al decir de Ana Sojo, la vinculación de la problemática de género con las otras formas de ejercicio de poder en la sociedad. No es una autonomía defensiva, de aislamiento, en un mundo de mujeres. Por el contrario, la autonomía significa espacios diferenciados pero al mismo tiempo coordinados, en permanente interacción.

Por ello mismo, la autonomía es también un aprendizaje - permanente, de defensa de lo específico de nuestra lucha pero también de negociación y de manejo de relaciones, de respeto a la diversidad posible en un entorno democrático. Sólo desde la autonomía orgánica e ideológica así entendida podremos enriquecer la dinámica social de transformación.

Mujeres feministas

Este nuevo acercamiento a la problemática social modifica la definición de lo que es ser feminista. Un primer acercamiento a definirnos sería que somos aquellas mujeres que nos sentimos comprometidas prioritariamente con la lucha contra la dominación de género. Es la gente que se acerca al movimiento feminista, es la activista. Pero en un sentido más amplio, sería una cantidad de mujeres que tiene conciencia feminista en relación al entorno en el que está participando pero que no necesariamente está inscrita dentro de la dinámica del movimiento feminista.

Se trata de llegar a esas mujeres y hacerles sentir que no es que nosotras les vamos a dar la luz, sino que son ellas las que nos van a dar elementos para hacer una cosa más en conjunto.

Esto nos lleva a romper con la idea de que somos vanguardia en relación a la problemática de la mujer. Si bien priorizamos la perspectiva de género, no tenemos por qué ser las únicas: están las diversas vertientes del movimiento, las mujeres de sectores populares, de los partidos políticos, que están asumiendo esta perspectiva.

No podemos hablar de vanguardia porque -siguiendo a Sheila Rowbotham- compartimos con las mujeres una conciencia tremendamente contradictoria: una claridad muy grande respecto a algunos aspectos de nuestra vida conviviendo con una cantidad de nudos patriarcales metidos en nuestra conducta cotidiana - que no podemos romper.

Todas las mujeres de esos sectores, que también tienen una historia de opresión, pero de rebeldía clarísima en determinados momentos de su vida, están avanzando en una conciencia, contradictoria, desigual, heterogénea y son parte de esta búsqueda en la que estamos todas nosotras.

Si hay algo que el movimiento feminista puede hacer dentro de lo que es esta nueva perspectiva, es ver cómo influencia, presiona y articula estas luchas allí donde están desde una perspectiva de género. Reivindicar todo lo que exigen - las mujeres como derecho de justicia, de democracia y de bienestar, pero sin perder de vista que uno de los ejes fundamentales del no bienestar, de la injusticia, de la desigualdad, lo constituyen las relaciones de género.

En la medida en que se tenga esto claro, todas las luchas en que estamos las mujeres son luchas susceptibles de ser subversivas en relación a la perspectiva de género.

Necesitamos estar donde están las mujeres, nutrirnos de la experiencia y ver cómo articulamos estas diferentes vertientes: unir determinadas luchas que pueden ser parciales en determinado momento y darles un contenido más estratégico apuntando a superar nuestra opresión.

Hablar de estrategias de transformación para romper la marginalidad, de estrategias múltiples de acción, puede quedar simplemente en una frase hecha. El problema, y tal vez el nudo del movimiento feminista en este momento es cómo, a pesar de que somos un movimiento profundamente subversivo, profundamente político, no siempre sacamos las consecuencias de lo que significa un movimiento político en estos momentos para las propuestas que tenemos que hacer al conjunto de la sociedad.